

David Jiménez Martínez, *El Tito*

MUERTES DE SOBREMESA



Primera edición: **Diciembre 2015**

© Del texto:

David Jiménez Martínez

Del diseño de la portada:

Desdecero

www.desdecerographic.com

De la presente edición:

ACEN Editorial

www.acencs.org

acencs@acencs.org



ISBN: **978-84-943645-8-7**

DL: **CS 473-2015**

«A todos los que han construido su futuro sobre los cimientos de un pasado estipendiado»

Prólogo

3 de febrero de 1995

No fue la primera vez que notó su presencia, pero sí la primera en la que no lo pudo controlar.

Ella agitaba la cucharilla, desinteresada, con la mirada puesta en un punto del infinito, más allá de sus ojos, ajena a las ondas que se engendraban en el interior de la taza y que escupían minúsculas gotas sobre el hule rojo.

Él la miraba, impertérrito, con ambas manos sobre la mesa, manteniendo una lucha interna, invisible a los ojos de su acompañante. Apenas había comenzado la contienda cuando decidió rendirse. Lo vio tras ella y no dijo nada.

No hizo nada.

El golpe fue insonoro: «el dulce sonido del silencio». Al contrario de lo que había imaginado, la sangre tardó en aparecer y cuando lo hizo fue muy sutil, como pidiendo permiso para teñir el cuero cabelludo.

Él seguía enfrente, inmóvil, absorto en su quehacer. Esperó a ver su reacción: su rostro permaneció inmutable.

Con increíble destreza la despojó del jersey y liberó el enganche del sostén. La fuerza de la gravedad desplazó unos centímetros sus voluptuosos pechos. La asió por las axilas, con sorprendente facilidad, y la depositó con mimo en el suelo. Desabotonó el pantalón y, con más fuerza de la que en un principio sospechó, se deshizo de pantalones y bragas, al unísono. Contempló su cuerpo desnudo, recreándose en el pubis carente de vello.

«Putá».

La volvió a colocar en la silla, tan erguida como pudo, y contempló la mancha de sangre allí donde había reposado su cabeza. Buscó por toda la cocina hasta dar con lo que necesitaba: lejía, fregona, bolsas de basura, cafetera, café y un cuchillo bien afilado.

Analizó con detenimiento sus manos, que aún conservaban los restos de un esmalte que se resistía a desaparecer. Los dedos, finos y huesudos, y las uñas demasiado largas confirmaban que no era un ama de casa al uso. No una como Dios manda.

La agarró de la muñeca derecha, haciendo tope con su cuerpo para evitar que la inercia la venciera hacia delante, y buscó su anillo en el dedo anular. No había rastro alguno, ni siquiera una leve despigmentación que augurase una ausencia temporal. El dedo estaba desnudo desde hacía mucho tiempo.

Estiró el anular y flexionó el resto de los dedos tanto como pudo, apoyó la hoja del cuchillo y con un leve, pero firme balanceo, lo seccionó por encima de la segunda falange.

Abrió la castigada cafetera y la surtió de café y agua, en sus justas proporciones. Esperó frente a ella a que el embriagador olor inundara la cocina, después sirvió dos tazas.

Nunca más volvió a estar solo.

Nunca más pudo dominarlo.

6 de julio de 1995

Derrotado de antemano se dispuso, acobardado, a presenciar su venganza.

Su pulso se aceleró, el de él no. Sus dilatadas pupilas observaban sus gráciles movimientos como si fuese un boxeador experto danzando sobre la lona, perpetrando una maniobra disuasoria para asestar el golpe definitivo.

La vio caer, vomitando sangre por la nuca. Todo resultó muy similar, sin embargo, fue muy diferente.

El tiempo se ralentizó. Comprobó cómo sucumbía al impacto, mientras sus ojos se abrían sobremanera. Su voz ahogó un grito, falto de valor para abandonar sus cuerdas vocales.

Tampoco hizo nada.

El primer contacto con el suelo lo hicieron las rodillas, suplicando una indulgencia que su cuerpo inerte ya no necesitaba. Esta vez, la sangre sí quiso jugar un papel protagonista, oscureciendo un vestido azulado que bebió el fluido hasta saciarse, derramando el excedente en rededor de la cabeza.

Acuclillado admiró su obra, al tiempo que hurgaba en la mochila en busca de las tijeras. Rasgó el vestido con pericia, de abajo arriba, con la precaución de no rozar su piel. Se desprendió de la ropa interior valiéndose de la misma herramienta y volteó su cuerpo.

La colocó en la silla, ligeramente recostada para que mantuviese el equilibrio, ayudado de las palmas de sus manos, que descansaban sobre el mantel.

Introdujo su mano en la mochila, esta vez en busca de un cuchillo y dispuso su anular desnudo en posición. El golpe sonó más seco esta vez: la hoja se deslizó con destreza, amputándolo casi en su totalidad.

Una vez finalizado el trabajo, era hora de sacar el café que tan buenos recuerdos le traía, y esperó el cautivador olor.

Sirvió dos tazas.

10 de diciembre de 2013

Esperó a que le diera la espalda, cogió el adorno de Navidad que había sobre el aparador, al que ya le había echado el ojo en su primer arrebatado de ira, y le atizó con el pedestal que sujetaba la bola, en cuyo interior se encontraba una casita de madera situada en la falda de una montaña nevada.

No fue hasta el segundo impacto cuando la sangre bañó su rostro: moteó su cara de pecas rojas y le obligó a cerrar los ojos, como si el destino le hubiese privado de observar el momento en el que la vida se escapaba por el boquete de su cráneo.

Al abrirlos, la vio. Bocabajo, manando sangre. Primero a borbotones, acompañados de bombeos pulsátiles, después lentamente, pero de forma continua, como cuando se cierra un grifo de rosca y el caudal va disminuyendo de forma progresiva hasta permitir la salida, inevitable por mucho que se apriete la manivela, de las últimas gotas.

Para cuando fue consciente, el charco de sangre ya había adquirido una proporción considerable y comenzaban a apreciarse los primeros signos de coagulación.

Dentro de la bola, aún asida, la copiosa nevada que había suscitado el golpe mortal comenzaba a amainar.

Tan solo faltaba completar su ritual.

Sin el café no sería lo mismo.

1.- La máquina del tiempo

El viento helado surcaba su rostro provocando punzadas de dolor, como si finos alfileres penetrasen su piel y dejaran heridas expuestas a las inclemencias de una ventisca que había arreciado por sorpresa.

El invierno, oculto tras un otoño primaveral, emergió prematuro ante la incompetencia de su estación predecesora, pillando desprevenido a Marcial, cuya indumentaria distaba de estar acorde ante tanta crueldad meteorológica.

Atemperó su cuerpo frotando las manos desnudas contra sus brazos. Sopesó la posibilidad de regresar a casa y abrigarse, pero sabía que Sola no estaría de acuerdo: ese era su momento, en el que ambos podían dedicarse tiempo, más allá de la premura con la que el día se deslizaba por su vida, cargándolo de ineludibles tareas hasta bien entrada la tarde.

El ritual siempre era el mismo. Aparcaba el coche y abría la puerta de la casa donde ella esperaba ansiosa por mostrarle todo su cariño. Apenas tenía tiempo de dejar las cosas antes de que exigiera, convirtiéndose en un obstáculo

móvil que lo perseguía golpeando incesantemente sus piernas, que le colocase su collar e iniciasen su paseo. Recorrían el camino hasta el descampado con la ansiedad propia que demanda una vejiga llena, una vez allí, y aliviada de la punzada de dolor abdominal, emprendían un tranquilo paseo.

Le relajaba verla con su alegre trotar, con esa sensación de suspenderse en el aire entre zancada y zancada que le otorgaba una capacidad de desplazamiento en total disonancia con el leve esfuerzo que para ella suponía.

—¡Sola, ven aquí! —dijo para dar por finalizado el paseo.

El galgo español, camuflado en la oscuridad, detuvo en seco su andar, girando la cabeza y escudriñando entre la negrura hasta cruzar su mirada con la de Marcial. Finalmente, en un acto muy común entre los de su raza, emprendió el camino de vuelta a toda velocidad.

—Buena chica —dijo mientras acariciaba su cuello, que ella se esforzaba en frotar contra su muslo—. Vamos a casa o voy a coger una pulmonía.

El animal se separó unos veinte centímetros y se sentó con la mirada puesta sobre su dueño, ladeando alternativamente la cabeza de derecha a izquierda, en un gesto que a Marcial le confirmaba la disconformidad de su amiga.

—Te prometo que mañana vendré más preparado. Te compensaré.

Sola se incorporó y emprendieron el camino de vuelta a casa. Él luchando contra un frío húmedo que penetraba hasta alcanzar los huesos, abrazándolos de tal manera que ni la ropa era capaz de ahuyentarlo, y ella, con su alegre danzar de patas ajeno a cualquier cambio climático.

La casa los recibió con una oleada de calor a pesar de haber albergado únicamente la compañía de Sola desde que a primera hora de la mañana Marcial la hubiese aban-

donado. Dejó la chaqueta de cuero en el perchero situado detrás de la puerta, subió las escaleras hasta la habitación de matrimonio y cambió su pantalón vaquero y camisa por un grueso pijama y una bata, que junto con las zapatillas de lona componían la triste imagen de un cuarentón solitario y venido a menos. A pesar de su más de metro ochenta, su pelo oscuro y unos ojos negros de mirada penetrante capaz de amedrentar a aquel que tuviese el valor de sostenerla, la incipiente barriga era el rasgo más característico que reflejaba el espejo cada mañana. Deshizo sus pasos hasta regresar a la entrada y se dirigió por el angosto pasillo hasta la cocina para abrir una cerveza. Sola lo miraba con sus ojos almendrados, acompañándolo en cada paso que daba, hasta que fue capaz de comprender qué ansiaba el animal. Marcial extrajo el cacharro metálico del soporte que lo mantenía a una altura adecuada para ella, y lo llenó de agua. Mientras se dirigía al salón pudo distinguir el característico sonido del chapoteo que emitía la lengua al embestir el líquido.

Se recostó en el sofá, encendió el televisor y observó con vagancia que el móvil permanecía sobre la mesita donde lo había dejado antes de atender las necesidades de su compañera de piso. Formaba parte del ritual. Era una manera de desconectar del mundo, en especial del laboral, para poder dedicarse únicamente a sus cavilaciones. Ahí confluían los pensamientos, independientes hasta ese instante, moldeando, en el mejor de los casos, ideas.

Se incorporó, cogió el teléfono con la certeza de que nadie había perturbado el silencio de la casa durante su ausencia, y se sorprendió al ver que varios mensajes y llamadas perdidas ocultaban la esbelta figura de Sola, que ejercía la función de fondo de pantalla. Alterado se irguió, intuendo que algo grave debía ocurrir ante tanta insistencia. La primera dueña de sus malos augurios fue su madre, postrada en una silla de ruedas e instalada en una residencia para cubrir unas necesidades básicas que escapan de sus

posibilidades. La sorpresa ascendió un peldaño en su particular escala de valores cuando comprobó que había dos llamadas hechas desde la comisaría y tres desde el teléfono personal del comisario. No recordaba la última vez que La-saosa lo había llamado personalmente. En realidad no quería recordarlo, así que su cerebro hacía todo lo posible por desvincular aquella siniestra llamada, de cualquier relación posible, con las que acababa de recibir.

Habían pasado aproximadamente diez meses de aquello, aunque en el cubo de la basura donde su cerebro escondía aquel recuerdo, el tiempo se difuminada con la misma forma que un dibujante esparce un carboncillo por la periferia de un rostro, repartiendo su intensidad, mitigándola hasta su extinción. Y casi lo había conseguido, pero ahora aquella llamada había reabierto ese cubo, permitiendo que el hedor se esparciera de manera incontrolada.

Decidió comprobar los mensajes antes de devolver la llamada. Todos provenían del teléfono de Miralles, tornando aún más enigmática la amalgama de pensamientos que rondaban su cabeza. La relación entre Unai Miralles y él se había enturbiado en los últimos meses, de manera que fuese lo que fuese lo que esperaba tras el sobre virtual de la pantalla del teléfono, debía ser de un calado suficiente para que el inspector hubiese decidido engullir su enorme orgullo y ponerse en contacto con él. Empezó la lectura con una mezcla de intriga y ansiedad que no ayudaron a comprender la información del texto, finalmente se percató de que estaba leyendo los mensajes en el orden cronológico inverso, empezando por el último recibido. Leyó el primero y un latigazo sacudió todo su cuerpo, dejando escapar de sus manos el botellín de cerveza que golpeó repetidas veces contra el suelo para detener su recorrido tras rodar un par de veces sobre su eje imaginario.

«El asesino del café ha vuelto».

Si las llamadas habían abierto el cubo, los mensajes se habían encargado de volcarlo y esparcir toda la mierda de

su interior. El segundo mensaje añadía un punto macabro a la historia que Marcial hubiese preferido evitar.

«Ven corriendo al piso de Villanueva».

Como si no fuera suficiente espectáculo que un asesino, al que ya se le podía poner el apellido «en serie», despertase de un letargo de dieciocho años, había añadido un redoble de tambor a su actuación, haciéndolo en la casa del inspector, que a mediados de la década de los noventa, había dirigido la investigación.

El tercer mensaje, que tan incongruente había sonado al principio, cobraba ahora todo su sentido.

«¿Dónde coño estás?».

El piso del inspector jefe Alfonso Villanueva estaba situado en el paseo Alfonso XIII, frente al centro comercial Carrefour, así que Marcial decidió girar en Jorge Juan con el fin de evitar la densa circulación que era frecuente a esas horas en La Alameda de San Antón. El desasosiego y el vendaval, que se había anclado a la noche, se apoderaron por igual de la conducción, estando a punto de provocar un accidente múltiple en la rotonda que confluía con la calle Ramón y Cajal, confirmando lo que todo el personal de Homicidios conocía sobradamente sobre sus aptitudes automovilísticas. Una vez superado el sobresalto inicial, lejos de amilanarse, decidió aumentar la velocidad a sabiendas que eso mantenía su mente ocupada fuera de los lóbregos pensamientos que lo asolaban. Y así fue hasta que los intermitentes destellos azules que se esparcían por la estrellada noche cartagenera le devolvieron a la dura realidad del escenario de un crimen, pero no de uno cualquiera, sino de uno que comenzó dieciocho años atrás.

El inspector jefe vivía en un octavo piso, al que Marcial no tuvo más remedio que acceder por las escaleras ya que

el equipo de la Policía Científica se encontraba en ese momento procesando el ascensor, sin duda, la vía de acceso y salida más probable del asesino. En el cuarto piso la fatiga comenzó a hacerle mella, especialmente en los gemelos, que empezaban a cargarse como peaje a una inactividad física que arrastraba desde que el corazón de Santi, inesperadamente, dejara de latir.

Cuatro pisos después, ya con la puerta de la casa a la vista, y tras un par de inspiraciones profundas para recobrar el aliento, aligeró el paso en dirección al policía que la custodiaba: un chico joven, nuevo en comisaría y con el que apenas había cruzado un «buenos días».

Sintió cómo de nuevo el pulso se le aceleraba. Una sensación que hacía muchos años que había dejado de experimentar al llegar al escenario de un asesinato y que le evocaba aquel recuerdo del noventa y cinco, en sus inicios como agente de policía.

—Lo siento, inspector, no puede pasar —dijo una voz trémula, que seguramente provenía del agente.

—¡Aparta! —respondió Marcial, al tiempo que de un manotazo lanzaba despedido contra la pared a un asombrado policía que, tras el impacto, emitió un sonido gutural de tanta potencia que hacía impensable creer que había salido de las mismas cuerdas vocales que la prohibición anterior.

Inmediatamente, sin tiempo siquiera para entrar, la puerta se abrió, emergiendo la oronda figura del comisario Lasaosa del interior.

—¿Pero qué hace Lisón? —preguntó el comisario—. Le he dicho yo que no le dejara entrar. —Al ver el rostro estupefacto de Marcial, procedió a darle la explicación—. Quería hablar antes con usted.

—¿Antes de qué?

—Antes de que saquemos conclusiones precipitadas —contestó, mientras, con la mano en el hombro de Marcial, lo obligaba a acompañarlo, dejando la puerta a la espalda

—. Puede bajar a la entrada, aquí ya no hace falta —dijo el comisario, dirigiéndose al joven agente que trataba de recuperar la compostura.

Esperaron a que comenzara el descenso antes de reanudar la conversación.

—¿Qué te pasa Lisón? ¿Acaso no tuviste bastante con lo de Miralles? Tienes que empezar a controlarte o...

—Ya —interrumpió ante la amenaza de una nueva perorata del comisario sobre su temperamento—. ¿Puedo ver a Villanueva?

—Paso a paso, inspector, paso a paso.

El comisario Lasaosa, con una voz campechana a juego con un cuerpo rechoncho moldeado a base de comidas de trabajo, le suscitaba un particular hipnotismo. Tenía un don especial para mantener la calma en situaciones de alta tensión. Era un domador de leones, capacitado para enfrentarse a las fieras sin necesidad de látigo. Bastaba un argumento suyo, dilatado estratégicamente en el tiempo, para evaporar la tensión del ambiente y devolver a la normalidad cualquier situación. Las gafas le daban un aire intelectual que sus ojos no sabían transmitir.

—Ahora mismo está recibiendo la atención médica y psicológica pertinente —continuó, quizás sin ser consciente de que Marcial había recuperado la calma—. Ahí dentro tenemos a su mujer, desnuda, con un golpe en la cabeza...

—Sentada a la mesa, frente a dos tazas de café y con el dedo anular amputado —concluyó Marcial—. Sí, es él. Ha vuelto. Así que lo mejor será que me dejes entrar a comprobar, *in situ*, los detalles.

—Aún no, inspector. Dígame una cosa. Y espero que sea totalmente sincero. Imaginemos —dijo, haciendo un gesto con la mano derecha como si dibujase ondas en el aire— que se trata del asesino del café y que ha actuado por venganza contra el inspector jefe Villanueva que, junto con nuestro querido y recientemente desaparecido Santibáñez